

Acto de dominio

Los extraños – Raül Garrigasait

Crítica de Ponç Puigdevall

El País / Quadern

El año 1837, Rudolf von Wielemann, un aristócrata prusiano, protagonista de *Los extraños*, primera novela de Raül Garrigasait (Solsona, 1979), por imperativo familiar se une a los tradicionalistas que luchan en la primera guerra carlista, pero la ausencia de calma que experimenta desde su llegada a Solsona no se debe al ambiente bélico que se respira en la zona, sino a la vida ordinaria, que se le deviene una realidad magnética muy lejana, intrincada, invisible y tan difícil de comprender como una culpa o una angustia que procedieran de una dimensión hostil del infinito. A nadie le importa en absoluto la carta de recomendación que lleva de parte de su tío, no parece que entre las autoridades carlistas haya ningún responsable que quiera darle ninguna orden, y el idioma enseguida se revela como un obstáculo infranqueable. En el hospital, en vez de ayudar a las monjas, Wielemann se desmaya y cae escaleras abajo cuando ve a un médico que sierra el hueso de la pierna de un herido con un cuchillo de carnicero, su organismo no tolera los caracoles, y en los últimos capítulos corre por la ciudad con el martirio de una llaga en la boca “que exterminaba todos los pensamientos de un plumazo”. En la casa donde se ha hospedado durante toda la novela, tampoco ha podido dormir apenas por culpa de los ruidos imprecisos que le llegaban del piso de arriba. Al lado de las peripecias de este protagonista, están los pasos de otro personaje, traductor y germanófilo como lo es Garrigasait en la vida real, que escribe el relato de los meses que Wielemann permanece en Solsona de la misma manera que Buter Keaton se estaría en el infierno.

Los extraños tiene poco de novela sobre la guerra carlista, más bien es la autoridad de una voz que narra una *drôle de guerre*: es un sostenido acto de dominio, y no se trata tanto de conseguir una impresión o una ilusión de verdad como de obtener que el lector asienta y admita la instauración de un universo de lenguaje: a Garrigasait no le interesa el argumento a la manera tradicional –el lector es consciente de un pasado y espera un desenlace en el futuro–, sino la tensión que se va generando en el presente, el pensamiento literario como una actitud ante la realidad y la manera de percibirla y expresarla a través del estilo. El narrador pone sobre la mesa unas condiciones perentorias, y se pueden aceptar o no, pero no discutirlos, y, en cualquier caso, página tras página, el narrador no cesa en recordar quién manda durante la lectura. En la novela no hay otra realidad ni otro valor que la voz deliberadamente y obviamente artificiosa que narra, y, con una prosa admirable, minuciosa, ágil y diáfana, son múltiples las ocasiones en las que Garrigasait hace estallar unas imágenes dotadas de una extraordinaria capacidad explicativa para sugerir dimensiones enigmáticas, subrayar con luz la evidencia de sus sombras y entronizar incertezas.

Los elementos dramáticos de la novela conviven –como si fuera una necesidad– con los elementos grotescos, y el conjunto de unos y otros alcanza una categoría de misterio y unos perfiles de irrealidad o de irracionalidad de una enorme eficacia humorística: en *Los extraños* desfilan una caravana portentosa de personajes que parecen disputarse el mérito de ser el más estrambótico u original –el Sexteto Descoyuntado es equiparable a los mellizos kafkianos

de *El castillo*-, aunque sería erróneo suponer que estos tipos extravagantes tienen una dimensión simbólica porque cada uno de los comparsas pintorescos que figuran en el relato aportan una luz peculiar sobre las razones y los desvaríos que originan la guerra. La intriga central, la inquietud inactiva de Wielemann, se conjuga muy bien con escenas o situaciones que constituirían por sí solas unos textos autosuficientes, pero, gracias a la solidez del impecable arte de narrar de Garrigasait, dichas células de posible consistencia independiente se entrelazan con la certeza deslumbrante que únicamente podía ser así. En *Los extraños* escritura e imaginación avanzan con una armonía feliz para dar aliento a una novela donde el lector encuentra al escritor en pleno proceso creativo y un espacio de vida sorprendente y verosímil a la vez, conmovedor y profundo, que le permite recuperar el espejismo de la inocencia de las primeras lecturas. Mientras se lee este libro, además, se tiene la convicción de que hay que volver otra vez a él, y que entonces será aún mejor.